



Padre, envíanos pastores

Día del Seminario

Subsidio litúrgico
para el celebrante

Domingo V de Cuaresma

Solemnidad de san José, esposo de la bienaventurada Virgen María

17/19 de marzo de 2024



Orientaciones para la celebración

- Día y colecta del Seminario: liturgia del día, alusión en la monición de entrada y en la homilía, intención en la oración universal, colecta.
- El 17 de marzo (V Domingo de Cuaresma) puede celebrarse el día y colecta del Seminario. Se celebra toda la liturgia del V domingo de Cuaresma. La solemnidad de san José se celebra litúrgicamente el día 19 de marzo.
- Se utilizan ornamentos de color morado. No se dice *Gloria*. Sí se dice *Credo*.
- En la plegaria eucarística se hace el embolismo propio del domingo.
- No se permiten las misas de difuntos, tampoco la misa exequial.
- El testimonio vocacional dentro de la misa no debe ocupar el lugar de la homilía y en ningún caso sustituirla.

© CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA

El texto de esta obra es propiedad de la Conferencia Episcopal Española, a quien compete conceder el derecho de reproducción conforme a lo establecido por la Instrucción *Liturgiam authenticam*, promulgada por la Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos (28 de marzo de 2001), así como por las normas y leyes civiles vigentes.

Domingo V de Cuaresma

RITOS INICIALES

CANTO DE ENTRADA

Reunido el pueblo, el sacerdote con los ministros va al altar, mientras se entona el canto de entrada: Me invocaré (CLN, A 12) u otro canto apropiado. Si no hay canto de entrada, los fieles, o algunos de ellos, o un lector, recitarán la antifona de entrada (Cf. Sal 42, 1-2):

Hazme justicia, oh Dios, defiende mi causa contra gente sin piedad; sálvame del hombre traidor y malvado, porque tú eres mi Dios y mi fortaleza.

SALUDO AL ALTAR Y AL PUEBLO CONGREGADO

Terminado el canto de entrada, el sacerdote y los fieles, de pie, se santiguan, mientras el sacerdote dice:

En el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo.

R̄. Amén.

El sacerdote, extendiendo las manos, saluda al pueblo diciendo:

**La gracia y el amor de Jesucristo,
que nos llama a la conversión,
estén con todos vosotros.**

R̄. Y con tu espíritu.

MONICIÓN DE ENTRADA

El sacerdote, el diácono u otro ministro idóneo, hace la siguiente monición sobre el sentido de la jornada:

Celebramos, queridos hermanos, la eucaristía en este V domingo de Cuaresma, estando ya muy cercanos a la celebración de los días santos en los que contemplaremos el misterio pascual de Cristo. Su muerte y resurrección son manifestación de un amor desbordante, apasionado, incondicional y siempre fiel. La alianza del Padre con los hombres tiene como punto culminante la entrega del Hijo que, obediente a su designio de amor, se entrega por completo. El amor es el que hace posible que, en la entrega de verdad y en la muerte a uno mismo, nazca lo más auténtico y real del seguidor de Jesús, llamado a morir a sí mismo para transparentar la vida del Maestro.

Celebramos, también, en este domingo, y con el lema «Padre, envíanos pastores», el Día del Seminario. Una Jornada en la que, por un lado, tengamos especialmente presentes a aquellos que se preparan para el sacerdocio y, por otro, pedir por las vocaciones sacerdotales. Los sacerdotes son aquellos que, con su entrega generosa, «como el grano de trigo que muere para dar fruto», hacen presente a Cristo Buen Pastor a través del ministerio sacerdotal vivido en el amor y el servicio a los hombres hasta dar la vida encontrando en ello el sentido más absoluto para su existencia. Demos gracias a Dios por el don de la vocación sacerdotal y pidámosle que, creando en nosotros un corazón puro, vivamos la alegría de la salvación que es hacer siempre en nuestra vida la voluntad de Dios.

ACTO PENITENCIAL (TERCERA FÓRMULA)

El sacerdote invita a los fieles al arrepentimiento:

Jesucristo, el justo, intercede por nosotros y nos reconcilia con el Padre. Abramamos, pues, nuestro espíritu al arrepentimiento para acercarnos a la mesa del Señor.

Se hace una breve pausa de silencio. Después, el sacerdote, u otro ministro, dice las siguientes invocaciones:

Tú, que has puesto la salvación del género humano en el árbol de la cruz: Señor, ten piedad.

Rx. Señor, ten piedad.

Tú, que padeciste por nosotros para que sigamos tus huellas: Cristo, ten piedad.

Rx. Cristo, ten piedad.

Tú, que, cargado con nuestros pecados, subiste al leño para que nosotros, muertos al pecado, vivamos en la justicia: Señor, ten piedad.

Rx. Señor, ten piedad.

El sacerdote concluye con la siguiente plegaria:

**Dios todopoderoso
tenga misericordia de nosotros,
perdone nuestros pecados
y nos lleve a la vida eterna.**

Rx. Amén.

ORACIÓN COLECTA

Acabado el acto penitencial, el sacerdote, con las manos juntas, dice:

Oremos.

Y todos, junto con el sacerdote, oran en silencio durante unos momentos.

Después, el sacerdote, con las manos extendidas, dice:

**TE pedimos, Señor Dios nuestro,
que, con tu ayuda, avancemos animosamente
hacia aquel mismo amor
que movió a tu Hijo a entregarse a la muerte
por la salvación del mundo.**

Junta las manos.

**Por nuestro Señor Jesucristo, tu Hijo,
que vive y reina contigo
en la unidad del Espíritu Santo y es Dios
por los siglos de los siglos.**

R̄. Amén.

LITURGIA DE LA PALABRA

MONICIÓN A LAS LECTURAS

En este Día del Seminario, la liturgia de la Palabra nos invita a contemplar a un Dios movido únicamente por el amor, que busca al hombre permanentemente, con el que quiere hacer una alianza de ternura y misericordia que lo lleve a experimentar a Dios como fuente de vida y libertad. Si la conversión es llamada a vivir desde Dios y para Dios, la respuesta del hombre no puede sino ser consecuencia de la experiencia del amor de Dios que, sentido en lo profundo del corazón, se convierte en una manera de vivir en la que la muerte a uno mismo, para vivir desde ese amor auténtico, otorga a la existencia un horizonte apasionante de felicidad y plenitud.

NOTAS PARA LA HOMILÍA

—«Haré con la casa de Israel una Alianza nueva». El amor auténtico nunca se apaga y tiene la capacidad de reinventarse y seguir apostando por aquello que se ama. Dios no se cansa en su empeño de estar cerca del hombre para ofrecerle gratuitamente la felicidad que, muchas veces, busca donde no está. Pero no lo hace de cualquier manera. Dios se da a sentir en su Espíritu, desea hacerse huésped del corazón del hombre donde se comienza a transformar de verdad la existencia. Un corazón que late al ritmo de Dios, hace al hombre testigo y luz a través de la santidad, que es la manera más transparente y contundente de hablar de lo que Dios es y hace en nuestra vida.

—«A pesar de ser Hijo, aprendió, sufriendo, a obedecer». El camino del amor no está exento del sufrimiento. Pero el amor pesa mucho más y se hace mucho más fuerte en el corazón del hombre. El camino del amor conlleva sufrimiento, porque el amor auténtico nos quita del centro y nos coloca en un viaje permanente hacia los demás en el que el itinerario no lo elige uno personalmente, sino que conlleva, a menudo, despojamiento y abajamiento personal para poder llegar a quienes se ama. Pero el amor verdadero purifica y ordena la existencia hacia la obediencia a la voluntad del Padre.

—«Señor, quisiéramos ver a Jesús». Es una petición que pone de manifiesto tanto el reconocimiento como la necesidad de quien, sabiendo de su pobreza y deseando un camino de mayor verdad y autenticidad, busca respuesta a lo que le mueve el corazón. En nuestro mundo, se vuelven a repetir escenas como esta. Hay sed de Dios, hay corazones que movidos por el aliento del Espíritu impulsan a buscar quien ayude a poder recorrer el camino de la felicidad. Esta petición hace necesaria la presencia de los sacerdotes. Ellos, a través de su ministerio, hacen presente al Buen Pastor y, en la celebración de la eucaristía, siguen haciendo posible aquella promesa del Señor de permanecer con nosotros hasta el fin del mundo (Mt 28, 20).

Ese deseo de ver a Jesús, presente hoy en tantas personas, puede ser realizado gracias a tantos sacerdotes que entregan sus vidas para que así otros, en el encuentro con Jesús vivo y cercano, encuentren la suya de verdad.

—«Cuando sea elevado sobre la tierra, atraeré a todos hacia mí». ¡Cuántos corazones han quedado seducidos, a lo largo de la historia, por la cruz del Señor! Cuando hoy todo lo que tiene que ver con la cruz es rechazado, sin embargo, ella es el camino, a través del cual el cristiano se configura con Jesús entregado por amor a cada uno. En la cruz contemplamos todo el amor y la misericordia que salvan al hombre, incluso si este vive alejado de la fe. El centurión queda seducido y conmovido al ver a Jesús en la cruz y su corazón atrapado y desbordado al ver cómo un hombre entrega la vida perdonando a quien se la quita. Vivir la cruz es configurarse con Cristo muerto y resucitado, rechazarla envilece y aplasta. El testimonio de entrega, renuncia, muerte a los propios planes o criterios personales, el olvido de sí, es camino para resucitar a una vida en la que lo que nos mueva sea la misma motivación que la de Jesús: nuestro alimento es hacer la voluntad del Padre. El sacerdote está llamado a hacer este mismo camino y poder atraer, a ejemplo del Maestro, a los hermanos con un estilo de vida presidido siempre por la misericordia, el servicio y la entrega total de la existencia por amor.

—«El que se ama a sí mismo se pierde, y el que se aborrece a sí mismo en este mundo se guardará para la vida eterna». El amor de verdad es el que se vive hacia fuera. La mayor fecundidad de nuestra vida llega cuando no vivimos para nosotros, sino para los demás. Eso nos hace sentir la mayor libertad y la mayor verdad de nuestra vida, además de experimentar una luz y una alegría inimaginadas. La vocación sacerdotal es llamada a perder la vida justamente para ganarla en el amor concretado en el servicio, la entrega, el abajamiento, la misericordia, la mirada esperanzada ante nuestro mundo, etc., porque precisamente esa es la verdad del

corazón creado por Dios. Un corazón que vive es un corazón que ama, y el amor es la respuesta al vacío provocado por el egoísmo y la vanidad. Jesucristo cabeza, pastor, siervo y esposo es para los futuros sacerdotes la referencia fundamental de su formación y discernimiento, porque configurándose con él, encontrarán respuesta a la sed de verdad de su corazón, descubrirán el sentido de sus vidas y podrán llevar esperanza y luz al mundo de hoy.

PROFESIÓN DE FE

Acabada la homilía se hace la profesión de fe.

Creo en un solo Dios, Padre todopoderoso, Creador del cielo y de la tierra, de todo lo visible y lo invisible.

Creo en un solo Señor, Jesucristo, Hijo único de Dios, nacido del Padre antes de todos los siglos: Dios de Dios, Luz de Luz, Dios verdadero de Dios verdadero, engendrado, no creado, de la misma naturaleza del Padre, por quien todo fue hecho; que por nosotros, los hombres, y por nuestra salvación bajó del cielo,

En las palabras que siguen, hasta se hizo hombre, todos se inclinan.

y por obra del Espíritu Santo se encarnó de María, la Virgen, y se hizo hombre; y por nuestra causa fue crucificado en tiempos de Poncio Pilato; padeció y fue sepultado, y resucitó al tercer día, según las Escrituras, y subió al cielo, y está sentado a la derecha del Padre; y de nuevo vendrá con gloria para juzgar a vivos y muertos, y su reino no tendrá fin.

Creo en el Espíritu Santo, Señor y dador de vida, que procede del Padre y del Hijo, que con el Padre y el Hijo recibe una misma adoración y gloria, y que habló por los profetas. Creo en la Iglesia, que es una, santa, católica y apostólica.

Confieso que hay un solo bautismo para el perdón de los pecados. Espero la resurrección de los muertos y la vida del mundo futuro. Amén.

En lugar del Símbolo Niceno-constantinopolitano, se puede emplear el Símbolo bautismal de la Iglesia de Roma, también llamado «de los Apóstoles».

Creo en Dios, Padre todopoderoso, creador del cielo y de la tierra.

Creo en Jesucristo, su único Hijo, nuestro Señor,

En las palabras que siguen, hasta María Virgen, todos se inclinan.

que fue concebido por obra y gracia del Espíritu Santo, nació de santa María Virgen, padeció bajo el poder de Poncio Pilato, fue crucificado, muerto y sepultado, descendió a los infiernos, al tercer día resucitó de entre los muertos, subió a los cielos y está sentado a la derecha de Dios, Padre todopoderoso. Desde allí ha de venir a juzgar a vivos y muertos.

Creo en el Espíritu Santo, la santa Iglesia católica, la comunión de los santos, el perdón de los pecados, la resurrección de la carne y la vida eterna. Amén.

ORACIÓN UNIVERSAL

El sacerdote, con las manos juntas, invita a los fieles a orar diciendo:

Oremos confiadamente al Señor, nuestro Dios, que siempre vela con amor por su pueblo y pidámosle que nos envíe muchos, santos y buenos pastores.

Las intenciones son propuestas por un diácono o, en su defecto, por un lector u otra persona idónea.

1. Por la Iglesia, por el santo padre, el papa Francisco, por los obispos, sacerdotes y por todo el pueblo santo de Dios, para que sintiéndonos llamados a ser signos y testimonio de la

alianza de Dios con los hombres, vivamos con entrega y pasión nuestra vocación anunciando el amor y la esperanza que viene de Dios. Roguemos al Señor.

2. Por todos aquellos que tienen el servicio del gobierno, para que desempeñen su responsabilidad teniendo presentes las necesidades de todos los hombres, especialmente de los más pobres y necesitados. Roguemos al Señor.

3. Por todas aquellas personas que sufren, en nuestro mundo, a causa de la enfermedad, la pobreza, la desolación, la marginación; para que encuentren siempre en la Iglesia un motivo de esperanza y acompañamiento. Roguemos al Señor.

4. Por cada uno de nosotros, para que, viviendo con alegría y compromiso nuestra propia vocación, seamos portadores de la alegría de la fe y el seguimiento de Cristo. Roguemos al Señor.

5. Por los niños y jóvenes de nuestra diócesis, para que, atentos a tu voz, sean capaces de escuchar tu llamada y se abran al don de una vida al servicio de la Iglesia. Roguemos al Señor.

6. Por las vocaciones al sacerdocio. Para que el Señor suscite jóvenes en medio de su Iglesia dispuestos y dóciles para seguir la llamada a entregar la vida en el ministerio sacerdotal al estilo de Cristo buen pastor. Roguemos al Señor.

7. Por el nuevo Servicio Nacional de Pastoral Vocacional de la Conferencia Episcopal Española. Para que el Señor le conceda la gracia de promover y trabajar por una cultura vocacional en la que, entendiendo la vida como vocación y respuesta al plan de Dios para cada uno, descubramos la belleza del seguimiento de Cristo.

8. Por los frutos del próximo Congreso Nacional de Vocaciones, que se celebrará en el mes de febrero del año próximo. Roguemos al Señor.

9. Por todos los seminarios, seminaristas y formadores de nuestros seminarios. Para que, fieles a la llamada que han recibido, crezcan en su discernimiento y formación con un corazón sacerdotal al estilo de Jesús siervo y buen pastor y sean generosos en su entrega a la Iglesia. Roguemos al Señor.

El sacerdote, con las manos extendidas, termina la plegaria común diciendo:

ACOGE, Padre santo,
las súplicas que, por intercesión de san José,
te hemos presentado.

**Envíanos pastores según tu corazón
para que podamos sentir tu guía providente
y nunca nos falte el alimento de la salvación.**

Junta las manos.

Por Jesucristo, nuestro Señor.

R̄. Amén.

MONICIÓN A LA PRESENTACIÓN DE LOS DONES Y A LA COLECTA

Junto a los dones del pan y del vino, presentamos al Señor nuestro deseo de colaborar con nuestro seminario. Hoy la Iglesia nos invita a ser generosos con las necesidades de los que un día servirán a nuestras comunidades con su vida, dándonos el alimento de la vida y el consuelo de su Palabra.

CANTO DE COMUNIÓN

Cuando el sacerdote comulga el Cuerpo de Cristo, comienza el canto de comunión: Antes de ser llevado a la muerte (CLN, O 32) u otro canto apropiado.

Después de distribuir la comunión, el sacerdote puede ir a la sede. Si se juzga oportuno, se pueden guardar unos momentos de silencio o cantar un salmo o cántico de alabanza.

ORACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Luego, de pie en la sede o en el altar, el sacerdote, con las manos juntas, dice:

Oremos.

Y todos, junto con el sacerdote, oran en silencio durante unos momentos, a no ser que este silencio ya se haya hecho antes.

Después, el sacerdote, con las manos extendidas, dice:

**TE pedimos, Dios todopoderoso,
que nos cuentes siempre
entre los miembros de Cristo,
cuyo Cuerpo y Sangre hemos recibido.**

Junta las manos.

Él que vive y reina por los siglos de los siglos.

Rx. Amén.

RITO DE CONCLUSIÓN

En este momento se hacen, si es necesario y con brevedad, los oportunos anuncios o advertencias al pueblo.

ORACIÓN SOBRE EL PUEBLO

El sacerdote, vuelto hacia el pueblo, extendiendo las manos, dice:

El Señor esté con vosotros.

Rx. Y con tu espíritu.

El diácono o, en su defecto, el mismo sacerdote, puede amonestar a los fieles con estas palabras u otras parecidas:

Inclinaos para recibir la bendición.

Luego, el sacerdote, con las manos extendidas continúa diciendo:

SEÑOR, bendice a tu pueblo
que espera siempre el don de tu misericordia,
y concédele, inspirado por ti,
recibir lo que desea
de tu generosidad.

Por Jesucristo, nuestro Señor.

R̄. Amén.

**Y la bendición de Dios todopoderoso,
Padre, Hijo ✠, y Espíritu Santo,
descienda sobre vosotros y os acompañe siempre.**

R̄. Amén.

DESPEDIDA

Luego el diácono, o el mismo sacerdote, con las manos juntas, despide al pueblo diciendo:

Anunciad el Evangelio del Señor.

Podéis ir en paz.

R̄. Demos gracias a Dios.

Después, el sacerdote besa con veneración el altar, como al comienzo, y, hecha la debida reverencia con los ministros, se retira a la sacristía.

Solemnidad de san José, esposo de la bienaventurada Virgen María

RITOS INICIALES

CANTO DE ENTRADA

Reunido el pueblo, el sacerdote con los ministros va al altar, mientras se entona el canto de entrada: Como brotes de olivo (CLN, 528) u otro canto apropiado. Si no hay canto de entrada, los fieles, o algunos de ellos, o un lector, recitarán la antífona de entrada (Cf. Lc 12, 42):

Este es el administrador fiel y prudente a quien el Señor puso al frente de su servidumbre.

SALUDO AL ALTAR Y AL PUEBLO CONGREGADO

Terminado el canto de entrada, el sacerdote y los fieles, de pie, se santiguan, mientras el sacerdote dice:

En el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo.

Rx. Amén.

El sacerdote, extendiendo las manos, saluda al pueblo diciendo:

**El Señor, que dirige nuestros corazones
para que amemos a Dios,
esté con todos vosotros.**

Rx. Y con tu espíritu.

MONICIÓN DE ENTRADA

El sacerdote, el diácono u otro ministro idóneo, hace la siguiente monición sobre el sentido de la jornada:

Siempre en un segundo plano, san José es un modelo que nos enseña a cumplir en nuestra vida la voluntad de Dios, confiando en sus planes. Él es el patrón de los seminarios y

de los seminaristas, a quienes tenemos especialmente presentes en esta solemnidad. Le pedimos a san José que les permita vivir su vocación en fidelidad y que, por su intercesión, otros jóvenes se sientan interpelados a responder a la llamada al sacerdocio.

ACTO PENITENCIAL (TERCERA FÓRMULA)

El sacerdote invita a los fieles al arrepentimiento:

Jesucristo, el justo, intercede por nosotros y nos reconcilia con el Padre. Abramamos, pues, nuestro espíritu al arrepentimiento para acercarnos a la mesa del Señor.

Se hace una breve pausa de silencio. Después, el sacerdote, u otro ministro, dice las siguientes invocaciones:

Tú, que nos has hecho renacer por el agua y el Espíritu: Señor, ten piedad.

Rx. Señor, ten piedad.

Tú, que enviaste al Espíritu Santo para crear en nosotros un corazón nuevo: Cristo, ten piedad.

Rx. Cristo, ten piedad.

Tú, que eres el autor de la salvación eterna: Señor, ten piedad.

Rx. Señor, ten piedad.

El sacerdote concluye con la siguiente plegaria:

**Dios todopoderoso
tenga misericordia de nosotros,
perdone nuestros pecados
y nos lleve a la vida eterna.**

Rx. Amén.

HIMNO

A continuación, se canta (cf. CLN, cantos que van precedidos por la letra C) o se dice el himno.

Gloria a Dios en el cielo, y en la tierra paz a los hombres que ama el Señor. Por tu inmensa gloria te alabamos, te bendecimos, te adoramos, te glorificamos, te damos gracias, Señor Dios, Rey celestial, Dios Padre todopoderoso. Señor, Hijo único, Jesucristo; Señor Dios, Cordero de Dios, Hijo del Padre; tú que quitas el pecado del mundo, ten piedad de nosotros; tú que quitas el pecado del mundo, atiende nuestra súplica; tú que estás sentado a la derecha del Padre, ten piedad de nosotros; porque solo tú eres Santo, solo tú Señor, solo tú Altísimo, Jesucristo, con el Espíritu Santo en la gloria de Dios Padre. Amén.

ORACIÓN COLECTA

Acabado el himno, el sacerdote, con las manos juntas, dice:

Oremos.

Y todos, junto con el sacerdote, oran en silencio durante unos momentos. Después, el sacerdote, con las manos extendidas, dice:

**CONCÉDENOS, Dios todopoderoso,
que tu Iglesia conserve siempre y lleve a su plenitud
los primeros misterios de la salvación humana
que confiaste a la fiel custodia de san José.**

Junta las manos.

**Por nuestro Señor Jesucristo, tu Hijo,
que vive y reina contigo
en la unidad del Espíritu Santo y es Dios
por los siglos de los siglos.**

Rx. Amén.

LITURGIA DE LA PALABRA

PROFESIÓN DE FE

Acabada la homilía se hace la profesión de fe.

Creo en un solo Dios, Padre todopoderoso, Creador del cielo y de la tierra, de todo lo visible y lo invisible.

Creo en un solo Señor, Jesucristo, Hijo único de Dios, nacido del Padre antes de todos los siglos: Dios de Dios, Luz de Luz, Dios verdadero de Dios verdadero, engendrado, no creado, de la misma naturaleza del Padre, por quien todo fue hecho; que por nosotros, los hombres, y por nuestra salvación bajó del cielo,

En las palabras que siguen, hasta se hizo hombre, todos se inclinan.

y por obra del Espíritu Santo se encarnó de María, la Virgen, y se hizo hombre; y por nuestra causa fue crucificado en tiempos de Poncio Pilato; padeció y fue sepultado, y resucitó al tercer día, según las Escrituras, y subió al cielo, y está sentado a la derecha del Padre; y de nuevo vendrá con gloria para juzgar a vivos y muertos, y su reino no tendrá fin.

Creo en el Espíritu Santo, Señor y dador de vida, que procede del Padre y del Hijo, que con el Padre y el Hijo recibe una misma adoración y gloria, y que habló por los profetas. Creo en la Iglesia, que es una, santa, católica y apostólica. Confieso que hay un solo bautismo para el perdón de los pecados. Espero la resurrección de los muertos y la vida del mundo futuro. Amén.

En lugar del Símbolo Niceno-constantinopolitano, se puede emplear el Símbolo bautismal de la Iglesia de Roma, también llamado «de los Apóstoles».

Creo en Dios, Padre todopoderoso, creador del cielo y de la tierra.

Creo en Jesucristo, su único Hijo, nuestro Señor,

En las palabras que siguen, hasta María Virgen, todos se inclinan.

que fue concebido por obra y gracia del Espíritu Santo, nació de santa María Virgen, padeció bajo el poder de Poncio Pilato, fue crucificado, muerto y sepultado, descendió a los infiernos, al tercer día resucitó de entre los muertos, subió a los cielos y está sentado a la derecha de Dios, Padre todopoderoso. Desde allí ha de venir a juzgar a vivos y muertos.

Creo en el Espíritu Santo, la santa Iglesia católica, la comunión de los santos, el perdón de los pecados, la resurrección de la carne y la vida eterna. Amén.

ORACIÓN UNIVERSAL

El sacerdote, con las manos juntas, invita a los fieles a orar diciendo:

Pidamos en este Día del Seminario al Señor, por intercesión de san José, que nos conceda a todos vivir siempre atentos a la luz de su Palabra para que podamos escuchar su voluntad:

Las intenciones son propuestas por un diácono o, en su defecto, por un lector u otra persona idónea.

1. Te pedimos, Señor, por el papa, nuestro obispo N. y por todos los sacerdotes de la Iglesia, para que nos muestren a Jesús como san José hizo a los pastores. Roguemos al Señor.
2. Te pedimos, Señor, por los padres de familia y los esposos, para que, al ejemplo de san José, sean ejemplo de fe y bondad y de confianza en los planes de Dios. Roguemos al Señor.
3. Te pedimos, Señor, por el aumento de vocaciones al sacerdocio. Llama a jóvenes a ser pastores según el corazón de San José. Roguemos al Señor.

4. Te pedimos, Señor, por los seminaristas de nuestra diócesis, que san José sea custodio de su fidelidad a la vocación recibida. Roguemos al Señor.
5. Te pedimos, Señor, por los enfermos y por todos los que van a partir a la casa del Padre, para que se sientan acompañados, como san José, por Jesús y María. Roguemos al Señor.
6. Te pedimos, Señor, por todos los que participamos en esta celebración, para que san José nos ayude a responder a la voluntad del Señor a nuestras vidas. Roguemos al Señor.

El sacerdote, con las manos extendidas, termina la plegaria común diciendo:

ACOGE, Padre santo,
las súplicas que te hemos presentado,
por intercesión de san José, en el Día del Seminario.
Que tu misericordia nos sostenga en nuestras necesidades
y nos conceda cuanto con fe hemos pedido.

Junta las manos.

Por Jesucristo, nuestro Señor.

R̄. Amén.

MONICIÓN A LA PRESENTACIÓN DE LOS DONES Y A LA COLECTA

En cada eucaristía presentamos en el ofertorio el pan y el vino que se convertirán en el Cuerpo y la Sangre del Señor. También la colecta para las necesidades de la Iglesia, que hoy irá destinada al mantenimiento de los seminaristas que un día serán los que con su voz y con sus manos nos ofrezcan el pan de la Palabra y de la eucaristía.

CANTO DE COMUNIÓN

Cuando el sacerdote comulga el Cuerpo de Cristo, comienza el canto de comunión: El cáliz que bendecimos (CLN, 536) u otro canto apropiado.

Después de distribuir la comunión, el sacerdote puede ir a la sede. Si se juzga oportuno, se pueden guardar unos momentos de silencio o cantar un salmo o cántico de alabanza.

ORACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Luego, de pie en la sede o en el altar, el sacerdote, con las manos juntas, dice:

Oremos.

Y todos, junto con el sacerdote, oran en silencio durante unos momentos, a no ser que este silencio ya se haya hecho antes.

Después, el sacerdote, con las manos extendidas, dice:

DEFIENDE, Señor,
con tu protección continua a tu familia,
alegre por la solemnidad de san José,
y, al saciarla con el alimento de este altar,
conserva con bondad tus dones en ella.

Junta las manos.

Por Jesucristo, nuestro Señor.

Rx. Amén.

RITO DE CONCLUSIÓN

En este momento se hacen, si es necesario y con brevedad, los oportunos anuncios o advertencias al pueblo.

BENDICIÓN SOLEMNE

El sacerdote, vuelto hacia el pueblo, extendiendo las manos, dice:

El Señor esté con vosotros.

Rx. Y con tu espíritu.

El diácono o, en su defecto, el mismo sacerdote, puede amonestar a los fieles con estas palabras u otras parecidas:

Inclinaos para recibir la bendición.

Luego, el sacerdote, con las manos extendidas continúa diciendo:

**Dios, gloria y felicidad de los santos,
que os ha concedido celebrar hoy esta solemnidad de san José,
os otorgue sus bendiciones eternas.**

Rx. Amén.

**Que por intercesión de san José os veáis libres de todo mal,
y, alentados por el ejemplo de su vida,
perseveréis constantes en el servicio de Dios y de los hermanos.**

Rx. Amén.

**Y que Dios os conceda reuniros con los santos
en la felicidad del reino,
donde la Iglesia contempla con gozo a sus hijos
entre los moradores de la Jerusalén celeste.**

Rx. Amén.

**Y la bendición de Dios todopoderoso,
Padre, Hijo ✠, y Espíritu Santo,
descienda sobre vosotros y os acompañe siempre.**

Rx. Amén.

DESPEDIDA

Luego el diácono, o el mismo sacerdote, con las manos juntas, despide al pueblo diciendo:

Podéis ir en paz.

Rx. Demos gracias a Dios.

Después, el sacerdote besa con veneración el altar, como al comienzo, y, hecha la debida reverencia con los ministros, se retira a la sacristía.



LIBROS
LITÚRGICOS
Conferencia Episcopal Española